

LA NOCHE DE CIPIÓN. SEGUNDO COLOQUIO DE LOS PERROS

(CON VARIOS PRELIMINARES Y UN ULTILOGO)

PREMISA

Muy poco tiempo ha, mi querido amigo José Luis Rodríguez del Corral apareció en todos los medios porque había ganado un importante premio literario. Fue entonces cuando me acordé de que había escrito alguna vez una segunda parte del donoso *Coloquio de los perros* cervantino, es decir, que había transcrito las palabras de Cipión, que Cervantes no llegó a conocer, que se perdieron o que omitió, incluso, como ocurriera acaso con algunos pasajes del *Quijote*. Yo entonces procuré, y he conseguido, que José Luis me permitiera reproducir ese *Coloquio* segundo de manera idéntica a como apareció en su día, porque la difusión del mencionado texto había sido verdaderamente exigua; y le pedí además que escribiera un a modo de delantal a propósito de la ocasión, cosa que ha hecho con toda diligencia y suma inteligencia. Él mismo explica las razones y avatares de su rara invención, por lo que por mi parte sólo diré ahora que la revista *Etiópicas* (de cuyo nombre se acordaría Cervantes por aquello de su venerado Heliodoro, al que quiso emular en el *Persiles*) se complace en grado sumo de reunir en este número los nombres de tan ilustres colaboradores, el mencionado José Luis, a más de los grandes cervantistas Rosa Navarro Durán y Luis Gómez Canseco. Gracias mil a los tres. Sólo recordaré, en fin, que a la vuelta de la esquina, en el próximo 2013, se conmemorará la aparición de las *Novelas ejemplares*, ejemplarmente concluidas con el parlamento de Berganza. Sirva esta parrafada de su compañero para rendir homenaje al libro y su autor.

Valentín Núñez Rivera

Director de *Etiópicas*

Hace algunos años, con ocasión del V Centenario del *Quijote*, fui invitado por el Departamento de Filología Española y sus Didácticas de la Universidad de Huelva a dar una conferencia en el marco de unas Jornadas que conmemoraban dicha efemérides en el pueblo de Gibraleón. En ellas se abordaba la obra cervantina desde muy variados aspectos y a cargo de grandes nombres de nuestra Filología. Además eran por entonces tan abundantes todo tipo de publicaciones y por gente tan experta que no sabía qué podría añadir yo que resultara original y no fuera mera divagación o un refrito. Pero como se me convocaba en calidad de novelista, y por tanto mi contribución podía ser irresponsablemente imaginativa, decidí acogerme al propio Cervantes, y tomando la cosa con su mismo sentido del humor, hallar en su obra algún cabo suelto o algún lance que me permitiera una recreación imitando su estilo. No tuve que buscar mucho pues empecé mi indagación por una de sus obras más perfectas: *El casamiento engañoso y coloquio de los perros* y ya no hubo necesidad de más.

Como el alferez Campuzano había anunciado que narraría la historia de Cipión, en justa correspondencia tras haber transcrito la de Berganza, pero que se sepa nunca llegó a hacerlo, pensé que podría cumplir yo esa promesa, y no por talento especial ni por merecimiento alguno, sólo porque era a mí a quien se le había ocurrido y la idea era tan hermosa que ya no se podía faltar a ella. Y como además de lo que se trataba era de celebrar a Cervantes, disponía del argumento de hacer que Cipión se fuera encontrando con algunos de sus personajes e incluso con él mismo, acompañándole por los caminos de modo que por los oídos del can nos hablara de su literatura al tiempo que podíamos contemplarla a través de sus ojos.

Añadí para tejer mejor el hilo de mi relato la figura del médico morisco Román Ramírez, personaje real pero completamente novelesco, que venía al caso pues tenía la habilidad, que jugó en su contra ante la Inquisición, de contar de memoria las novelas enteras de caballerías, sin que les faltara una coma. Con esto y algo de ingenio entre mío y prestado por Cervantes y yendo de su única mano compuse este *Segundo Coloquio de los Perros*, que gustó cuando fue leído como conferencia y que gustó tanto que se convirtió en un hermoso librito gracias a la generosidad de Luis Gómez Canseco y el editor Dimas Borrego. No quedó la cosa ahí sino que una de las personas que mejor ha leído y comprendido a Cervantes, Rosa Navarro Durán, siguió la broma de dar por

cierto este disparate añadiéndole un últílogo tan donoso y bien compuesto que yo desde entonces no lo tengo ya por tal disparate, sino por obra atinada y cuerda, inspirada de algún modo sonámbulo por el numen cervantino. Completó el círculo de esta *Noche de Cipión* el profesor Canseco, en su papel de señor de Valmalo, dándole el principio de una Advertencia Penitencial.

Todo esto, tener la oportunidad de escribir algo así, que fuera celebrado y aumentado de ese modo, la publicación, fue un pequeño milagro y no exagero al decir que cuenta entre mis mayores alegrías como escritor, comparable a los dos premios de novela que he ganado.

En España contemplamos a los clásicos con genuina ignorancia o con supersticiosa veneración pero sin naturalidad ni cercanía. No forman parte de nuestro acontecer artístico o intelectual, están metidos en una urna y nos inspiran respeto que es tanto como decir que no nos inspiran, no inspiran ni alimentan nuestras ficciones, sean cinematográficas, televisivas o literarias, no los imaginamos más que en los decorados de cartón piedra del Tenorio, como cosa entrañable y ya pasada, no tomamos lo mucho que pueden darnos para nuestro tiempo, para las obras de nuestro tiempo, al contrario que otros países como Inglaterra, donde las constantes adaptaciones y recreaciones de Shakespeare, de Dickens, de Conan Doyle y de tantos más conquistan a públicos de todo el mundo. Esos autores son fuerzas desencadenadas de la literatura, cuyos personajes se visten con los ropajes de todas las civilizaciones, en cualquier época. Cuando pensé en “continuar” a Cervantes desde luego temí si no sería una impertinencia, una osadía, pero me convencí de que era todo lo contrario; tratarlo sin veneración ni reverencia, sin más respeto que el que nace de la cordial amistad, era la mejor manera de prestarle homenaje.

Los clásicos, y especialmente Cervantes por ser el mayor de nuestra lengua y por la variedad dramática de su obra, no están sepultados en una urna, aunque así lo parezca en el olvido general, sino apresados en una botella como el genio de Aladino. Y si se les libera, si su fuerza se desencadena también pueden otorgar deseos. A mí Cervantes me otorgó éste de añadir una nota a pie de página a una de las mejores novelas que se hayan escrito nunca. Es para mí más motivo de contento que de orgullo, y es antes que eso, una dádiva, un don: el de la despreocupada confianza en mi tarea como escritor, porque sé que por mucho que el valle se llene de sombras yo nunca caminaré solo, iré con

Cervantes y estaré siempre entretenido, iré con él y con sus quijotescos seguidores, como Rosa Navarro Durán y Luis Gómez Canseco.

José Luis Rodríguez del Corral

Amigo de Cipión

LA NOCHE DE CIPIÓN

Segunda e incompleta parte del
Coloquio de los perros

Chanza literaria compuesta por
José Luis Rodríguez del Corral

Con un lúcido últílogo de Rosa Navarro Durán
y una advertencia penitencial desde
el Señorío de Valmalo



Para que las ideas que sólo son propósitos lleguen a buen puerto y se plasmen es necesario el esfuerzo y la buena disposición de mucha gente. *La noche de Cipión* no ha sido una excepción para esa regla. En el camino que ha seguido hasta llegar al papel impreso, ha tenido la suerte de topar primero con la liberalidad y buen hacer de Dimas Borrego Paín, que caviló lo suyo, hizo y deshizo hasta dar materialidad y forma al libro definitivo. Luego aparecieron Lorenzo Díaz y Noel Díaz en Artes Gráficas Bonanza. Noel perfiló el diseño con destreza y elegancia; Lorenzo lo acogió con toda la generosidad del mundo y dispuso sus prensas para que Cipión viera la luz y llegara a los lectores como ya había hecho su hermano Berganza en 1613. Si no estuviera agradecido por tanto rumbo y amabilidad, el perro sería el que suscribe.

©

José Luis Rodríguez del Corral
Rosa Navarro Durán
Luis Gómez Canseco

ISBN
84-60982-94-7

Dep. Legal
H - 285 - 2005

Impreso en España
Artes Gráficas Bonanza, S.L.

A DVERTENCIA PENITENCIAL



El de Valmalo

No fue bastante con que el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda saliera al monte a aguarle la fiesta al pobre manco hurtándole a su caballero contra todos los fueros de las letras. Tenía que venir José Luis Rodríguez del Corral a soliviantarle los perros. Pero si el de Tordesillas se nos figura avieso, retorcido y malintencionado, a este manilargo de nueva horma le queda ajena cualquier intención de importunar a nadie, pues no viene, como otros, injuriando al contrario, ni tachándole de viejo, murmurador, pobre o mal contentadizo. Tampoco ha querido usurparle la autoridad de su Coloquio y, con ella, la fama y los dineros, que aquí hay pocos. Téngase en cuenta, además, que no es lo mismo birlar un caballero entero con su armadura toda, caballo, dama y escudero, que afanarse un par de chuchos que andaban sin dueño, porque, a lo que sabemos, el tal Cervantes anda bien muerto y enterrado, por más que los fastos y refastos parezcan desdecirlo. Bien es verdad que el autor primero de la *Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza*, perros que fueron del Hospital de la Resurrección, anunció su intención de escribir la historia y plática de Cipión cuando hubiese visto que la otra, la del can Berganza, se creyera o, a lo menos, no fuera despreciada. Pero, por más indagaciones que se han hecho, no se ha podido hallar indicio o noticia de ella. Así que aquí vino don José Luis Rodríguez a remediar la falta y a poner en claro la vida y milagros, si los hubo, del cínico Cipión.

Señores del jurado, si no disponen de un coeficiente intelectual insultantemente bajo y si lo arbitrario de su vanidad les permite todavía admirar la inteligencia ajena, no consientan que sus amigos se lo cuenten, ni lo remitan a una vida futura: dejen lo que estén haciendo y metan mano y ojos a *La noche de Cipión*, que comienza también con otro sueño, hijo o hermano del que tuvo alférez Campuzano, que ya saben que en la república de los sueños los ciudadanos son libres, los perros hablan y los orgasmos se multiplican. Si todavía no lo han hecho, olviden el cuerpo que les espera en el lecho, renuncien por un momento al sacramento de la confesión y escuchen los razonamientos y avatares de estos dos perros cabales antes de que sea demasiado tarde, pues —lo dijo el otro— el tiempo es breve, las ansias crecen y las esperanzas menguan.

El que lo haga tendrá puntual noticia de aquello que el señor Rodríguez, digo, del Corral, recuerda de la invención del gozque. Allí topará con un Sancho Pan-

za medroso y muelle, pero ya atento escuchador de caballerías, con un hidalgo vecino suyo, famoso porque vendía tierras para comprar libros y con el que habría de echarse al campo, dejando a Cipión desamparado. También tendrá noticia de Román Ramírez, a quién luego la tradición le atribuyó la propiedad de un perro sin rabo, pero que dejó intacto al nuestro y le dio, por más gala, el nombre sonoro, romano y estratega de Cipión. Tenía este morisco, por crónica fidedigna, dispensa expresa para trasegar morapio, y algún trago hubo de compartir con un manco rubión y cautivo antiguo, al que dejó en herencia al chucho recién cristianado. De entre las líneas escritas, les saldrá también al paso el jaco Rocinante antes de alcanzar fama, el guitarrista Molina, Tomás Rueda, el capitán Valdivia y otros muchos que aquí decir no cabe.

Como eclesiástico prebendado, les pido que no juzguen al autor por la ley del encaje y que, si lo hacen, no le condenen ni a él ni a su obra, que son buenos los dos y han venido al mundo para alivio de penas. Y si el licenciado del Corral, con perdón sea escrito, peca de rijoso, es culpa de las sonrisas horizontales y verticales que las mozas le dispensan. Por lo demás, les ha de servir de testimonio en su favor el hecho de que él mismo fuera mártir de la literatura, pues el día en que dio a conocer *La noche de Cipión* no se encontraba en toda su gracia, acaso por las alegrías de la noche anterior, que le hicieron entender que eran los montes llanos y los mares secos. Quiero decir que acudió al mismo remedio que el morisco Ramírez, porque los hombres de letras usan de la sed igual que los otros e incluso un punto más.

Otras muchas virtudes adornan a este prójimo, erudito en las hierbas que pisaba de puntillas el caballo de Atila; y de entre todas ellas, la mejor y más admirable son sus pasmosos poderes con los libros, a los que doma con mano de lector y sabe escuchar con paciencia de jardinero chino. Es bien sabido que los libros engendran libros y a ese embarazo debemos éste que sale nuevo, breve y pulido. No le nieguen la lectura; y a su padre, san José Luis Rodríguez del Corral, concédanle el premio y la alabanza, que bastante ha hecho con dar gusto y pasatiempo bien casi una hora a aquel que con atención lea esta dulce y agradable historia. Que no es poco.

LA NOCHE DE CIPIÓN

Segunda e incompleta parte del
Coloquio de los perros



José Luis Rodríguez
del Corral

No podía yo dejar de sumarme a estos fastos cervantinos, y en cuanto recibí una invitación acepté sin dudarle ni arredrarme ante la saturación en que consisten hoy las efemérides. Mas cuando puse manos a la obra y empecé a imaginar qué podría decir de Cervantes me sentí abrumado por el torrente de artículos, conferencias, libros, opiniones y actos varios con que se le festeja o se le persigue, que no tengo yo muy claro cual es el objetivo de todo esto, pues se conmemora éste tan prolijamente que poco quedara por decir en los próximos años. Y es que hay en los medios que dominan el mundo una incontrolable tendencia a la sobredosis que espanta más que admira, y que me hace pensar si no estaremos todos hoy más locos de lo que lo estuvo don Quijote en su tiempo, viviendo en un sinfín de fantásticas ilusiones que poco tienen que ver con la manchega verdad de la vida.

En fin, estaba abrumado, como os digo, y aún acojonado, si me permitís esta expresión tan poco culta. ¿Qué podría añadir yo entre tanto sabio? Iban pasando los días y conforme se acercaba esta fecha crecía mi incertidumbre y mientras más hojeaba y leía quedaba más paralizado, que no acababa de decidirme entre unas y otras ideas de las que se me ocurrían, ni tampoco a arremeter en tropel con todas ellas. Una noche, tras mucho cavilar, comprendí que de este embrollo sólo Cervantes podría sacarme y me eché en mi diván a leer la que quizá sea su obra más perfecta: *El casamiento engañoso y coloquio de los perros*. Resultó la lectura tan grata y serenó de tal modo mi ánimo que fue concluir la y quedarme dormido como un niño. Di entonces en soñar un sueño, tan vívido y carnal, que aún ahora que le recuerdo al escribirlo me parece mentira que lo fuera y dudo si, en efecto, no estuve en el Hospital de la Resurrección de Valladolid, postrado en un jergón, hace cinco siglos y algún año.

Sin duda la imaginación de esta novela ejemplar que allí transcurre, se había apoderado de mi caletre y lo señoreaba induciéndole esa visión. Porque claramente veía a los habladores canes, Cipión y Berganza, con las cabezas juntas, enredados en su plática, aunque no al alférez Campuzano, que los escuchó por primera vez. Pues no era ya la noche en que el alférez oyó como Berganza contaba su vida a Cipión, provistos ambos perros del fabuloso don del habla, sino la segunda, la noche en que Cipión prometió contarle su historia a Berganza.

Esto fue lo que oí, y si este relato, como el primero, no mueve a la admiración a cinco nuevos siglos, es por culpa de mi oído, que gobierna mi lengua y mi mano, y no supo entender lo mucho que allí se contaba ni sabría reproducir la galana manera de expresarlo; las profundas pero amenas razones de los canes cervantinos quedan como enristecidas y pobres en la traducción de mi talento, pero, si algo permanece de lo amado en quien ama de verdad, así espero que alguna huella quede aquí de la admirable manera en que Cipión se expresaba, y si no a cien años, pueda entretener por un rato a unos amigos.

Salí de aquel lance con dos o tres pedradas que todavía me duelen —decía en aquel momento Cipión que debía llevar ya avanzado su relato— y llegué medio muerto ya de atardecida al lugar de un labrador al que conmovió mi desastroso aspecto y mi mansa quejumbre. Me dio cobijo y algún hueso que roer, admitiéndome generosamente en su pobreza. No era ésta tanta que no tuviera, en la lanzada de tierra seca que era su reino, un huerto regado con trabajo, un corral con algunas gallinas y capones y un pollino que dormía en lo que no se podía llamar establo, porque era habitación de la casa y estaba allí como adoptado. Sancho Panza era el nombre de aquel rústico.

—Buen nombre —interrumpió Berganza—, que parece que con él se explayan las carnes, y donde el amo es gordo son felices los criados y nunca faltan huesos, ni despojos, ni restos de buenas gachas.

—Mira, Berganza —contestó Cipión, para mí que algo mohíno—, no hemos de avanzar si a cada paso cortas el hilo de mi relato con semejantes observaciones, y si es cierto que la pasada noche te interrumpí a menudo, con vistas a abreviar tus digresiones, te has cobrado ya de sobras esa deuda en lo que llevo hablado, así que por tu madre déjame proseguir y estate atento y mudo.

—Tumba soy, que por la boca muere el pez y en boca cerrada no entran moscas.

Suspiró Cipión a esta respuesta tan humanamente, que más que perro parecía alguacil o médico o maestro, gentes destinadas a la vana tarea de corregir lo incorregible, y sin reprender más a su locuaz compañero fue adelante con el cuento de su vida.

—Era este Panza que digo hombre aficionado, como tú, a expresarse con refranes, y tenía dellos tan nutrido arsenal que para cada ocasión disponía no de uno sino de tres o cuatro, atados unos a otros como ristra de ajos. Apoyado en esta infinitud de coletillas charlaba por los codos, que era admirable que tuviera tantas palabras hombre sin ninguna letra. Más ocioso que esforzado, atendía a su terruño lo justo para ganarse el sustento, conformándose con lo que hubiera, poco o mucho, en lo que en su simpleza se mostraba más filósofo que todos los del mundo. Era el goce de sus días encaminarse las tardes de buen tiempo a un ventorrillo cercano a escuchar los cuentos y conversaciones de los arrieros y gentes de paso y, sobre todo, a oír leer al ventero, que guardaba varios novelas de caballería en una maleta olvidada en su venta por algún viajero, y como había sido criado de estudiante en Salamanca presumía de elocuente y con los libros lo era. Se reunía en su derredor un coro de gentes humildes, mozos de mula, se-



gadores, buhoneros, mozas de allá voy por los caminos, que se quedaban en un silencio casi religioso y encantado para oír las aventuras del Caballero de Febo o Ciringolo de Tracia, con todas sus batallas tremebundas y accidentados amores. Con eso se pasaban embebidos las noches de verano, entre el cri cri de los grillos y bajo cúmulos de estrellas, como si estuvieran viendo mismamente reflejadas en un lienzo las figuras de héroes y de damas y los contemplaran moverse y hablar y combatir y enamorarse por prodigiosos palacios y selvas oscuras.

Tanto puede la imaginación entre los hombres, hermano Berganza, y tan grata les resulta, que mil veces prefieren lo ficticio a lo verdadero, lo maravilloso a lo prosaico, y en su embeleco ya no cuidan de mirar lo que tienen delante de los ojos sino fantásticas visiones con las que pueden llorar sin pena y reír a todo gusto, tan instantánea y cabalmente como no les ocurre con las propias alegrías y sufrimientos.

—¡Tate con las digresiones! —intervino Berganza—, que yo estaré callado en tanto tu narración sea tan lineal como tú querías la mía. Y no digo más.

—La razón te doy —concedió noblemente Cipión— por más que seamos perros y tú no puedas recibirla ni yo dártela. Pero sea.

De todos los que allí se reunían no había oidor mas atento y embaucado que mi buen amo de entonces, Sancho Panza, que mucho se gozaba de que hubiera tales formidables caballeros por el mundo, desfaciendo entuertos, liberando doncellas y socorriendo menesterosos. Y tal que debía llegar el tiempo en el que vieran a alguno por aquellos campos de Montiel en su caballo. Mientras tanto él se contentaba con comerse dos morcillas oyendo aquellas concertadas razones y decires cortesanos, que tanto le placían que cuando volvíamos a casa enhebraba disparatados discursos dirigidos, como si fuéramos personajes de su comedia, ya a su borrico, ya a mí que le iba al paso. Cavilaba que de encontrar a uno de estos caballeros bien podría acompañarle como su escudero, o su criado, que no era él hombre de escudos ni otras armas defensivas u ofensivas, y así participar desde su humildad en aquellas aventuras de tanto provecho y gusto, que ya sabría él hablar con duques y marqueses y aún con reyes y princesas imperiales si hacía falta. No reparaba en que, cobardica y comodón como era, mal podría llevar aquella vida de batallas, aunque bien es cierto que en estas novelas jamás se alude a las miserias y trabajos de semejante condición. Él sólo pensaba en los fastos y las glorias, que bien podría caerle de aquella abundancia alguna migaja; en cuanto a los peligros y guerras, para eso estaban los caballeros y era su obligación, como la suya de villano era servir y no estorbar, que a lo de callar no estaba dispuesto así le cortaran la lengua.

Aunque me llevaba consigo esas noches porque le hiciera de guarda, lo más del día me dejaba en el corral cuidando a las gallinas, mientras él se iba de mañana a sus quehaceres y tarde sí tarde también a platicar con un hidalgo vecino suyo, famoso porque vendía tierras para comprar libros, desprendiéndose de fanegas de las de buen trigo y laderas de cerezos para adquirir palabras y palabras, de las que estaba el hombre tan lleno que amenazaba reventar. Novelas leía el hidalgo, que le intoxicaban más que el ungüento a las brujas, y como ellas sobre las escobas, bien es verdad que sin refregarse tanto, volaba él a horcajadas en la



espartana silla en que leía, dando mandobles con que matar de un solo tajo doscientos malandrines. Sí, Berganza, que te veo asomar el refrán en el tembloroso belfo o en el hocico temblón, que viene a ser lo mismo: Dios los cría y ellos se juntan. Eran el villano y el señor tal para cual, y se entusiasmaban tanto el uno al otro, que dieron en llevar a cabo sus quimeras y se echaron al campo como caballero y escudero, pareja tan cómica que dio mucho que reír en los pueblos de la Mancha. Sancho llevó su rucio, ante la renuencia del hidalguelo, cuyo nombre no se me acuerda porque no le conocí, pero por mí no pasó porque no debía haber perro en aquellas aventuras. Así que me quedé en la casa tan aburrido que decidí dejarla y una buena tarde tiré para la venta por si allí encontraba quien me llevara consigo.

Cuando llegué a la venta, la encontré alborotada por un extraño personaje que había llegado hacía poco para alojarse en ella. Se hacían en el patio lenguas de él, más murmuradoras que francas, y unos le tenía por embaucador de gran estilo, otros por un sabio de Oriente, ya que era patentemente morisco, aunque tan español como cualquiera que ni sabía otra lengua ni había salido nunca del país. Otros en fin, le tenían por mago, mas todo eran conjeturas basadas en su aspecto y en una fama más embustera y mal recordada que de costumbre. Un caballereito que andaba por aquellos andurriales en averiguaciones de unas tierras que pensaba recibir de herencia, afirmó que ya lo había visto antes, en casa de su tía en la Corte:

—Es médico —prosiguió— o curandero tan bueno que por médico se le tiene, pero esa es sólo una de sus habilidades. No os digo más que se sabe de memoria todas las novelas de caballería que se han escrito y las dice de corrido tan en su salsa y en su punto y en su coma que le he oído yo contar el *Amadís* en el salón de mi tía, sin papel alguno delante, durante más de cinco horas, sin perder el hilo ni un momento. Pero lo más raro del caso es que no sabe leer ni escribir, según después he sabido, y entre esta contradicción de saberse libros que no ha podido leer, y sanar enfermos con remedios que sólo él conoce, tiene de fama de nigromante y tratador de tú a tú con el demonio.

Creció con estas palabras la expectación de los que allí se encontraban y para cuando bajó el morisco de sus aposentos, dejando en ellos a su mujer y a su hija que llevaba consigo, todos le prestaron atención y varias voces le invitaron a sumarse al corro que en el patio de esa venta ya sabes que se hacía. Llevaba un traje cristiano de buena hechura, pero sobre él un albornoz de rayas blancas y negras y en la cabeza un casquete moruno. Era de mediana estatura y buen semblante, con bigote lacio y negro en el rostro moreno y ojos negros chispeantes y agudos. Movía las manos cadencioso al hablar y aceptó la invitación con cortés agradecimiento.

No tardaron los contertulios en hacerle preguntas como si de él nada supieran y a todas contestó con franqueza. Se llamaba Román Ramírez, hijo, nieto, bisnieto y tataranieto de moriscos españoles. Había sido su abuelo médico de renombre, al que recurría la nobleza y aún el rey, y de él aprendió los rudimentos del arte de la medicina y las propiedades de las plantas. Iba a Argamasilla, llamado para atender a una señora recién casada que sufría desbocamientos del



pulso y profundos desmayos, para lo que no se encontraba causa ni se veía conclusión, salvo la muerte, aunque él confiaba en salvarla como a otras. Aceptó el vino que le ofrecieron, en lo que pareció no ser muy quisquilloso con los preceptos de su fe, y a uno que se lo dijo le replicó que como mahometano español tenía antigua dispensa para beber lo que quisiere, siempre que lo hiciera con moderación; además como sanador, que prefería este título al de médico, afirmaba que el vino era un cordial y tonificaba el ánimo dándole su pellizquillo de alegría, cosa tan necesaria al bienestar del cuerpo. Eso sí, de las chacinas no probó ninguna, conformándose con el queso, y si alguna cogía de las que le arrimaban era para echármela a mí, que le estaba tan atento como el que más de la reunión.

No fue remiso el ventero en sacar lo de las novelas ni se hizo el Ramírez de rogar para contarles una aventura del sabio Turpín en la Floresta Encantada que los tuvo embobados más de dos horas. Pues era extremado su arte de narrador, se adornaba con toda clase de gestos y hacía distintas voces, desde la aflautada de la doncella a la tonante de los magos, y hasta el fragor de las batallas y el relincho de los caballos parecía que los imitaba o es que se oían a través de sus palabras como si los imitara. Quizá le viniera esa pericia por lo de moro, que es fama que son muy dados a los largos cuentos engarzados unos con otros, como ocurre con estas novelas de caballería. Acabó la historia y todos le felicitaron en extremo, quedándose muy admirados con él y, al poco, cada mochuelo se fue a su olivo. Yo miraba dónde echarme cuando el morisco, que arreglaba sus asuntos con el ventero, me llamó y acudí todo buena voluntad. Me tocó la cabeza y me miró los dientes preguntándome si no tenía amo, yo le lamí las manos para indicarle que él lo era. Así que me adoptó como suyo y me llevó a su cuarto para que le guardara la puerta, pues tenía para ello buenos motivos.

La hija que le acompañaba no era suya, ni de su mujer, sino que era su segunda esposa, tomada de acuerdo a la Ley Coránica con el permiso de la primera, en tan santo matrimonio para ellos y su Dios, como los que se bendicen en las iglesias de acá, de pareja en pareja. No les costaba nada el fingimiento, ambas se amaban tiernamente, como pudieran hacerlo una madre y una hija, pues una pasaba de los cuarenta y la otra no llegaba a los veinte. En cuanto a él, trataba con cariñosa deferencia a la primera y con paternal solicitud a la segunda, teniendo con toda naturalidad comercio carnal con las dos. Mi papel era alertar la presencia o siquiera el paso de cualquiera al otro lado de la puerta y lo cumplí fielmente pues jamás los sorprendieron. Ya admitido en la familia, al día siguiente nos pusimos en camino y con ellos fui a Argamasilla igual que a otros lugares. En todos se comportó con mucho sentido común y ningún prejuicio, utilizando tanto su sabiduría de las pasiones humanas como sus conocimientos de herbolario. Estos eran considerables aunque no hubiera estudiado el *Dioscórides*. Los compendia en aforismos de arcaico lenguaje, rimadas recetas que describían los efectos de las plantas benéficas o nocivas, auténtica herencia recibida de su abuelo sin que mediaran papeles. Todo en este hombre era asunto de memoria, y tan compuesta y entrenada la tenía que se la representaba como un palacio con numerosas estancias donde con todo orden alojaba los recuerdos y los tomaba cuando quería. Aquello era en verdad prodigio, pero de la disposición natural y el ejercicio frecuente, no de pactos maléficos, que en el tiempo que con él estuve no apareció el diablo ni falta que le hacía.



Me tomó gran cariño y yo a él. Como tengo grande la cabeza y cierto porte noble me puso este nombre de Cipión que llevo, por no sé qué general romano, con el que he ido pasando después de un amo a otro. Mi buena disposición le indujo a asociarme a su industria y aprovechando mi buen olfato me adiestró en oler enfermedades. Me acercaba la orina de uno y si reconocía tal o cual olor de los que me había enseñado, gruñía o ladraba de una manera o de otra, según fuere. Lo mismo hacía directamente con los enfermos, sobre todo con las señoras, a las que en muchas ocasiones él no podía auscultar directamente. Yo las olfateaba donde él no podía tocarlas. También en sus narraciones le ayudaba, mostrándome tan expectante e interesado como si oyera distintamente cada palabra que decía, con lo que causaba admiración, que crecía cuando, a gestos que teníamos convenidos, ladraba o aullaba en algún momento del relato, sobre todo en las aventuras nocturnas y en las bataholas.

Con esto que llevo dicho te puedes hacer una idea, amigo Berganza, del superlativo ingenio de Ramírez que en todo estaba destinado a hacer más llevadera la vida de la gente, empezando por la suya propia, y curaba a veces más con sus recitadas novelas que con ungüentos ni emplastos, pues ahuyentaba los pesares maravillando los ánimos, que no es sino una la salud del cuerpo y la del alma.

—Bien dices, Cipión —interrumpió Berganza—, que ya referí anoche que cerró la autoridad los teatros de Madrid y tuvieron que abrirlos de nuevo por las quejas de los hospitales, que se atiborraron de enfermos que con esa diversión se sentían sanos y sin ella se sentían morir.

—Oportuno has estado en esta ocasión, Berganza, y la dejaré pasar. Unos lindos meses estuve con Ramírez, como te decía, mas al cabo todo se torció. Una noche que estábamos en una posada en el camino que va de Madrid a la Andalucía lo prendieron dos familiares del Santo Oficio que ya hacía tiempo venían tras sus pasos.

Como en otras ocasiones, a invitación de uno que conocía su fama, había contado mi amo una aventura a un pequeño círculo de viajeros y tras concluir la departía con uno de ellos, manco y tirando a rubio, muy interesado en cómo podía contar tan largos pasajes y recordarlos en buen orden. Cuando le respondía que tomaba de ellos sólo la sustancia y los distintos nombres y luego los componía siguiendo el modelo en que todas estas historias están hechas, entraron los de la Inquisición, vestidos del color de la desgracia. Dieron voces de ¡Tente!, y tras preguntar a mi amo si era quien pensaban lo apresaron. Saqué entonces yo los dientes y ellos las espadas. Rugí y ellos maldijeron, y si no perdí allí la vida fue porque mi amo dijo: «¡Tate, Cipión! ¡Afuera!». Y yo entendiéndole salí por la puerta a escape, pensando que él me seguiría. Pero no pudo hacerlo, que tenía dos piernas y no cuatro patas. Me oculté en las cercanías y vi como lo sacaban con sus mujeres. No he vuelto a saber de él y adonde lo llevaban no creo que le esperara nada bueno. Pasé la noche al borde del camino, lamentando mi soledad y la buena compañía que había perdido. A la mañana acertó a pasar por allí el manco de la venta y como hablando con Ramírez me había parecido hombre discreto y afable, me acerqué a él por ver si me quería.

—Anda, ¿pues no eres tú el perro del morisco? Bien que huiste ayer de la justicia. Sí ya veo que eres tú. Cipión te llamó tu amo, que para perro es nombre bueno.



Yo asentí alegre a mi perruna manera, que aún sin habla como esta noche me tengo por expresivo.

—Bueno, Cipión, prófugo andas, que es mejor que preso. Bien te comprendo que cuando fui cautivo no tenía otro pensamiento que la fuga. Eso sí, te has quedado solo, como solo voy yo, y ya que despejado pareces, como le cuadra a perro de mago, si te place andaremos juntos esta jornada

—Fue decírmelo y besarle los pies. Porque tenía los ojos alegres y dulce el hablar, que era conocerle y querer irse con él al fin del mundo. Llevaba a pie, de las riendas, a un caballejo con pinta de filósofo antiguo, es decir, más astroso que otra cosa, al que trataba con cariño y aliviaba de su peso siempre que podía. Le llamaba Rocinante, sin duda en plan de guasa, porque mejor le hubiera llamado Rocinete o Rocinillo, y es que era hombre burlón y metafórico, y se alegraba disfrazando con nombres rimbombantes las cosas más corrientes de la vida. Echamos a andar, él tarareando una cancioncilla, yo siguiéndole el paso tan atento y pendiente, que empezó a hablarme como si fuera persona. En esto vi que, salvando condición y calidades, se parecía al rústico Panza y, como éste, no podía dejar de hablar así lo escuchara sólo su perro.

—Mucho me hubiera gustado conversar más con tu amo sin ser interrumpido —me dijo—, pero lo haré contigo ya que él no está. Que si se dice que el perro es el mejor amigo del hombre es porque escucha siempre y no replica nunca. A más que a Rocinante lo tengo tan charlado que no me da crédito ninguno. Y es que estaba pensando, Cipión —y yo alzaba la cabeza para verle los ojos de miel y la sonrisa bajo el dorado bigote— en lo que me dijo tu morisco, que reinventaba las novelas que oía porque se había adueñado de la sustancia y el modelo en el que estaban hechas. Y es cierto que del *Amadís* acá, y aun antes, todas están hechas de la misma matriz, son como el cuento que se cuenta muchas veces a los mismos niños variándolo en esto o en lo otro para que parezca nuevo sin serlo. Por más que eso no les disgusta; al contrario, quizás si variaran mucho les gustara menos. Igual sucede con los otros libros de entretenimiento, como los de pastores; y hasta los de pícaros, con ser tan nueva su invención, cálcanse todos del *Lazarillo*. Tampoco coinciden nunca, como mundos en las distintas escalas del cielo que no pueden encontrarse. Así que no hay caballeros en las églogas de los pastores, ni suenan los caramillos de estos en las batallas, y mucho menos corretean, o cabalgan, perdón, por las sórdidas calles del mal vivir. Así que si uno desea estirar las piernas del entendimiento y darse un paseo por el reino de la imaginación, lo encuentra dividido en parcelas excluyentes.

—Guau —dije yo a todo eso, convencidísimo por sus razones

Veo que te place, perro sabio, pues bien, no sería mala traza romper esas barreras y dejar libre el campo para que la crudeza de la realidad se enfrente a la estampa de la fantasía; y tengo para mí que de hacer esto saldría una manera nueva de contar historias, una invención como lo fueron éstas en su tiempo, pero más completa que cualquiera de ellas, porque las comprendería todas sin parecerse a ninguna.

Interrumpió en este punto su soliloquio porque topamos con una fuente bien arbolada y tuvo gana de beber y reposar un poco. Había allí un desmontado ca-



ballero templando una guitarra y fue vernos y dejarla para irse hacia mi nuevo amo diciendo a grandes voces:

—¡Pero no es posible! ¡Si es mi señor Miguel! ¡Cuánto bueno! ¡Qué alegría!

Dióle al tiempo un gran abrazo, no más que si fueran hermanos y llevarán años sin verse.

—Yo también me alegro, amigo Molina. ¿Por qué sois vos, verdad? Que a veces con la edad la memoria me juega malas pasadas.

—¡Pues claro que soy yo! Y qué es eso de la edad, si estáis hecho un pimpollo.

—Eso sí que es exageración de sevillano

—Puede ser. Pero venid acá y sentémonos bajo esta sombra. Bebed de la fuente a chorro, que está el agua fresca y rica. ¿Os acordáis de aquellas mañanas de primavera, cuando enramábamos barcas con los amigos para pasar el Guadalquivir hasta la isla de la Cartuja, cargados de cestas con comida y botellas de mosto? Aquello era reír y holgarse, que se nos caía el sol por los balcones de la tarde en el plazo de un suspiro. Como si fuera ayer recuerdo los relatos que improvisadamente contabais de lo que veáis por las calles, como aquel del Patio de Monipodio, o el de aquellos dos pilluelos, el Rinconete y el otro que no me acuerdo del nombre. Y las parodias caballerescas que inventabais, con aquel mote que me pusisteis: El Satánico Caballero Moscovita, por no más que tener el pelo tan negro y los ojos azules y mi poquitín de mala lengua.

—Mala lengua, pero buena voz. Que no he olvidado los arrobados ratos oyendo vuestras seguidillas y romances. Veo que seguís con la afición ya que lleváis guitarra.

—No puedo abandonarla pues no hay mayor placer que la música, aunque a veces la escondo porque no parece conveniente a secretario de escribano, que en eso también sigo. A vos os veo muy bueno, sin exageración alguna. Risueño traéis el rostro como el que tiene motivos de alegría.

—Pues no los tengo, pero lo estoy. Ando de recaudador de la Armada, que es oficio ingrato donde los haya, y voy y vengo rindiendo cuentas imposibles. Con todo me contento con esas mismas fantasías que recordáis, y con otras muchas que he ideado desde entonces. Y ya veis, después de veinte años de dar por abandonadas mis aspiraciones literarias, han reverdecido en la madurez, y se me vienen de la cabeza a la pluma esas historias tan sencillas y libres como las horas del tiempo aquel que pasábamos en la Cartuja. Así que es verdad que soy pimpollo pues estoy en edad de merecer, aunque le rasque a los cincuenta ya la espalda.

—Eso sí que es grande. ¡Que sale de nuevo el autor de La Galatea al campo de la Literatura, ahora con toda la tropa de la picaresca y la caballería! Ya os tengo dicho que para mí no hay mayor ingenio que vos en toda España y habréis de demostrarlo como Cervantes que sois.

—Que vos lo veáis, buen Molina, la verdad es que me estoy entreteniendo tanto que creo que a todo el mundo habré de resultar entretenido.



—De eso a mí que os conozco no me cabe duda alguna. Escribid en buena hora y dad maravillas al mundo.

Siguieron en esa conversación y al poco tomó la guitarra el músico Molina y con los sones me quedé dormido. No estaba cuando desperté, ido supuse a sus quehaceres de escribano, y ya mi amo se disponía a montar en su Rocinante, por ver si aligeraba el paso. No trotó mal el caballejo, ni yo le iba a la zaga, feliz de estirar las patas a mi gusto, mientras cantaba el jinete una canción de sus tiempos de soldado, con peor voz que su amigo, pero con mucho brío, tan contentos los tres como si acabáramos de conquistar el Potosí. No duró mucho aquella gallardía, que al poco volvió Rocinante a su paso acostumbrado, más ceremonioso que otra cosa, y nuestro señor al mudo embeleco de sus imaginaciones, riéndolas tan abiertamente que debían ser de sobrada gracia.

A eso del filo de la tarde dimos con una pareja en la que uno parecía soldado y el otro bachiller, pero ambos iban a Flandes a probar la fortuna de las armas. Mi amo, que olfateaba las aventuras mejor que yo las longanizas, sonsacó al que parecía bachiller de modo que le contó la historia más disparatada que pueda oírse. Era graduado en Leyes por Salamanca y se presentó como el licenciado Rueda. Según él, a causa de un bebedizo que para enamorarle le dio una suripanta, enloqueció de todo punto y de la más singular manera. Se despertó del desmayo al que le indujo el tóxico convencido de que era hombre de vidrio y no de carne, y que de vidrio tenía la cabeza y el cuerpo y aún los pelillos de la barba. No permitía que nadie se le acercara no fuera a romperle, dormía hundido hasta el cuello en un pajar, pues decía que era la más segura cama para su vidriosa naturaleza. No hubo manera de hacerle entrar en razón aunque porfiadamente lo intentaron sus amigos, pues era inmune a la evidencia y así le hicieran sangre y le mostraran la herida él seguía erre que erre. Le dieron entonces por loco y lo dejaron a su aire. Se hizo público su desvarío y se convirtió en persona famosa, más cuando sólo en el delirio del vidrio tenía alteradas sus facultades y en todo lo demás respondía admirablemente. Su tino en todo tipo de pareceres contrastaba de tal modo con su locura que le granjeó infinidad de admiradores que estaban atentos a sus dichos, los cuales no podían ser más sabrosos, como debidos a su notable entendimiento y a la libertad de su demencia. Así estuvo un tiempo pero al cabo sanó. Y es que vino a verlo, enterado de su caso, el fraile aquel que inventó una lengua por señas para los sordos, hombre eminente que lo curó sin que se sepa cómo. De todo esto que contaba daba fe el capitán Valdivia a cada momento y juraba y aún decía que le sacaría el alma por las narices al que dijere lo contrario. Refa mi señor Miguel, muy interesado en el cuento, y preguntó al licenciado como habiendo adquirido tanta fama como iba ahora en busca de ventura. Suspiró el vuelto en sí para decir que desde que se supo que no era loco ya nadie le hizo caso ninguno, así dijera cosas más notables que antes y, en verdad, dijera lo que dijese. De modo que si con la locura le llegó la prosperidad con la cordura lo había abrazado la miseria. No podía mantenerse y se había decidido a ir a la guerra con el capitán y valerse de sus brazos ya que su ingenio, si no era de loco, de nada le valía.

—Pues que Dios os los cuide, los brazos, digo —respondió mi amo— que si es gran honra perder uno por nuestra patria también es gran fastidio vestirse sólo con una mano.



Rieron los dos con esto y se despidieron cortésmente para picar espuelas, pues el paso cansino de Rocinante les retrasaba.

—He aquí un cabal ejemplo de como son las cosas, amigo Cipión, —dijo volviendo al remedo de diálogo que tenía conmigo—, se les da a los locos el crédito y la licencia que los cuerdos no tienen. No hay discurso de demente, con que tenga su poquito de ingenio, que no parezca más sincero y sabio que ningún otro. Así que quien tenga deseos de ser oído y quiera ser libre para hablar no tiene más que volverse loco, o inventarse uno. Gran favor me ha hecho con su relato este licenciado, al que desde ahora mismo bautizo como Vidriera, y con ese nombre he de llevarlo a los papeles. Barruntos tengo de algo grande, perro amigo, que sólo a tu falta de entendimiento puedo decir las muchas esperanzas que tengo puestas en el mío. Fui un soldado sin recompensa, un escritor sin éxito, un solicitante sin solicitudes y ahora soy un recaudador sin recaudo y un pobre de solemnidad. Pues de todo eso se me dan tres higas. Que se me va llenando el pecho de una historia como jamás se contó ninguna otra, dónde el ingenuo encuentre su risa y el sutil su lección, que la entienda hasta un niño y deje perplejos a los sabios, melancólica como la edad e irresponsable como la niñez. Que siendo burla de la locura acabe por ser elogio de un loco.

Esto me decía cuando llegamos a una encrucijada presidida por una cruz de piedra a cuyo poyete se sentaba un cura, entretenido en abanicarse con su sombrero de teja. Algo acalorado estaba, lo que no era raro, pues tenía sus buenas carnes y parecía reposar de una buena caminata. Se saludaron cortésmente y mi señor, siempre dispuesto a la conversación, se sentó a su lado. Venía el sacerdote de dar una extremaunción, y había sido la muerte tan desagradable y dolorosa que salió espantado de aquella casa a unas leguas de allí, tomando un paso tan vivo por el camino que no había podido sino sentarse a descansar un rato. Su parroquia estaba ya a cuatro pasos. Decía esto al tiempo que me daba chucherías y me acariciaba la cabeza. Con dos palabras más se amistarón al instante y, oyendo el clérigo que hablaba con un escritor, aunque desconocido, le contó un caso extraordinario que había ocurrido en la comarca, pues daba material para una comedia, a su juicio. Él conocía poco más que de vista a su protagonista principal, un viejo que se quedó mocito y al que el chocheo había afectado prematuramente, pero en lugar de perseguir jovencitas, como hace la mayoría, le había dado por figurarse que era uno de esos caballeros andantes de las novelas, capaz de enfrentarse a ejércitos y domar dragones. Tan poseso estaba de su locura que la duplicó en un aldeano amigo suyo al que invistió de escudero. Fue escucharle y recordar a mi antiguo amo Sancho Panza y su amigo el hidalgo que cambiaba tierras por libros. Tal lo contaba el clérigo me alegré de haberme perdido aquel viaje, pues eran ellos sin duda alguna. Por donde pasaban iban suscitando la rechifla universal. La obsesión del orate le llevaba a tal extremo que trastornaba la figura de los seres y las cosas, viendo monstruos y magos y castillos por todas partes. En algunos sitios les seguían el juego y en otros los molían a palos, pero nada bastaba a disuadirlos. Se mostró mi señor muy interesado en la historia y contó algún caso similar que oyera anteriormente. Yo me desentendí de aquella conversación sobre locos, pues no es la locura cosa que interese a los perros. Mas volví a prestarles atención cuando dejaron de hablar de aquel asunto y empeza-



ron a hacerlo sobre mí. Alabó el cura mi traza y condición, viéndome despierto y bonachón al tiempo, en lo que se mostraba él mismo invistiéndome de sus cualidades. Le contó mi señor lo que de mí sabía, lo que llevó al cura a encariñarse más conmigo. Eso no disgustó a mi amo, que pronto iba a dejar de serlo. Para el camino le placía mi compañía pero no podía llevarme a su casa, ni sus hermanas ni su hija lo consentirían. Así se lo explicó al sacerdote, entregándome a su protección. Me resigné a este cambio de buen grado, pues mi nuevo amo se deshacía en caricias y parecía un hombre feliz, que son los hombres mejores...

Y aquí me desperté para mi pesar y dejé de acompañar a Cervantes por los caminos, y me quedé sin saber como seguía el cuento de Cipión, ni si duraría la paciencia de Berganza. Tampoco sé si este Cervantes entrevisto en mi sueño llega a parecerse en algo al autor del Quijote. Lo mismo me da. Al cabo Cervantes vive en mi casa, como en la vuestra, y me voy de parranda con él siempre que quiero. Lo mismo podéis hacer vosotros; no le tengáis solemnidades, no leáis de rodillas al que liberó a los galeotes, id con él al paso adónde os lleve. No hay compañero mejor. Y los que dicen que fue triste, cruel, timorato o resentido se engañan porque ignoran que la alegría de escribir anima en todo momento la dulzura de su estilo, que al fin es su único y auténtico retrato. Eso es todo.



Siempre pensé que era imposible que llegara a mis manos este texto a pesar de que alguna vez intuí que saldría a la luz en algún momento del discurrir del tiempo. ¡La segunda parte del *Coloquio de los perros*! ¡El relato de Cipión! Bien es cierto que no lo escribe el alférez Campuzano, sino José Luis Rodríguez del Corral —si este es su nombre y no una nueva mistificación cervantina—; pero los datos que da son tan fidedignos que parece efectivamente que son los mismos Cipión y Berganza los que hablan. Y además ¿qué perros pueden haber conseguido el don del habla sino ellos? Ya sé que antes lo hicieron Panfagus e Hilactor, los dos canes que imaginó Buenaventura del Periers; pero ellos habían comido un trozo de lengua de su amo, Acteón, al que había transformado en ciervo una furiosa y avergonzada Diana. Y además Berganza es inconfundiblemente el mismo: su pasión por las digresiones le delata, aunque luego no le anda a la zaga el propio Cipión, tan censor con su relato. No sé si es porque dime con quién andas y te diré quién eres, o porque uno ve la paja en el ojo ajeno y no la viga —o la trabanca, como aparece en algunos textos medievales— en el propio. ¡Se me ha pegado a mí ya el gusto de Sancho y de este Berganza por el refrán!

Es una lástima que no oyera —o soñara que oía— Rodríguez del Corral el comienzo del relato de Cipión. No sabemos qué es lo que se ha perdido —y tal vez ahora sí definitivamente— porque el narrador o soñador dice, cuando transcribe las primeras palabras de Cipión, que «debía llevar ya avanzado su relato».

No ha dejado de sorprenderme comprobar cómo uno de sus amos fue nada menos que Sancho Panza. ¡Este dato es esencial para establecer una cronología de la obra cervantina! Cuando Cipión convive con el famoso escudero, éste es todavía un labrador, no ha paladeado aún la droga de la caballería viva que le dará a probar su vecino, el hidalgo manchego. Pero sí hablaba ya con él, puesto que dice Cipión que «se iba [...] tarde sí, tarde también, a platicar con un hidalgo vecino suyo, famoso porque vendía tierras para comprar libros, desprendiéndose de fanegas de las de buen trigo y laderas de cerezos para adquirir palabras y palabras, de las que estaba el hombre tan lleno que amenazaba reventar». Este detalle es esencial para entender el porqué don Quijote lo eligió por escudero. Leemos en el relato de Cide Hamete Benengeli: «En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se puede



Rosa Navarro Durán

dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero». Con el dato que nos da Cipión de esas continuas charlas queda ahora mucho más clara esa elección.

No ha querido, sin embargo, el soñador Rodríguez del Corral, dar la victoria a ninguna de las aldeas de La Mancha en su lucha por lograr ser la patria del gran don Quijote, porque no dice cuál es el pueblo de Sancho, habla sólo del «lugar del labrador». Claro está que parece desmentir tácitamente la ligera ventaja que algunos están empeñados en dar a Argamasilla, porque Cipión irá precisamente a tal lugar con el morisco y su familia, y no dice que vuelve a él ni lo relaciona para nada con su anterior morada.

El episodio con este amo me ha dado otra alegría porque ha confirmado una suposición mía (que ya ha aparecido en letra impresa): que el nombre de Cipión viene de Escipión, el general romano, protagonista de *La Numancia* cervantina, cuya idea tomó Cervantes nada menos que del trujamán y trapacista fray Antonio de Guevara. En cambio, tengo que admitir que me he equivocado en parte, porque supuse que la razón de tal nombre era la sensatez del filósofo cínico que a veces es Cipión; está claro que él dice que «como tengo grande la cabeza y cierto porte noble me puso este nombre de Cipión que llevo, por no sé qué general romano». Bien es cierto que puede haberse confundido el propio Cipión pues nada sabe de Escipión, y puede haber llegado a deducciones falsas. De todas formas, las tendré en cuenta en lo sucesivo.

Sin embargo, hay un dato que me preocupa mucho más. Cipión dice de las dos mujeres de Román Ramírez, el morisco, que «una pasaba de los cuarenta y la otra no llegaba a los veinte». Si vamos al comienzo de la historia de don Quijote, dice el narrador que el hidalgo «tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte». ¿No es una curiosa coincidencia? No quiero decir nada al respecto hasta que haya recabado suficiente información; podría tal vez ser un tópico: la *puella* y la *mulier* que todavía no es *senex*, compañeras ideales del hombre; pero se me escapa aún la razón de la dualidad. Es obvio, por otra parte, que la función de tales personajes en las dos historias nada tiene que ver.

Bien es cierto que estas disquisiciones no tienen la menor importancia —a veces los filólogos nos pasamos tiempo y tiempo dando vueltas a esos pequeños detalles— ante la presencia del siguiente amo de Cipión: ¡El propio Cervantes! ¡No estará él detrás también de este relato del perro, y lo del sueño de Rodríguez del Corral no será más que una nueva invención suya? Nadie puede dudar de que es realmente Cervantes el amo de Cipión porque el can dice de él que «tenía los ojos alegres y dulce el hablar», que «salvando condición y calidades, se parecía al rústico Panza», que tenía «los ojos de miel y la sonrisa bajo el dorado bigote». ¡Sólo puede ser él en persona! Incluso Cipión precisa que cantaba una canción de sus tiempos de soldado, «con peor voz que su amigo»; y no olvidemos que al Lauso de *La Galatea*, bajo cuyo disfraz pastoril se ha querido ver al novelista, lo reconocen sus amigos pastores «en el son no muy concertado de la voz». Y, por si quedara alguna duda, la disipa su concepción del arte de novelar: «dejar libre el campo para que la crudeza de la realidad se enfrente a la estampa de la fantasía». Nadie más que el auténtico Cervantes podía, en esa



época, darse cuenta de que «el reino de la imaginación» estaba «dividido en parcelas excluyentes», y pensar que «no sería mala traza romper esas barreras».

Siento mucho no poder ya prestar atención a los encuentros que tienen escritor y perro, aunque el del capitán Valdivia y el licenciado Rueda me obliga también a revisar la fecha de redacción de la novela ejemplar que es su espacio de ficción; pero es otra la cuestión que ahora atrae todo mi interés porque confirma una reciente hipótesis mía.

Últimamente me ha venido preocupando «una grande y espesa polvareda», mejor dicho, dos, en el texto de *Don Quijote*. Son las que levantan «dos grandes manadas de ovejas y carneros» en tierras de La Mancha, de tal forma que las ocultan por completo; así don Quijote verá en la llanura nada menos que dos ejércitos, el del emperador Alifanfarón y el del rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, y precisará el nombre, las armas y los emblemas de los principales caballeros. Desde un montecillo, a su lado, Sancho asistirá asombrado a ese despliegue fantástico de imaginación y se apasionará con lo que le cuenta su señor. Estamos en el capítulo XVIII de la primera parte. ¿Acaso el paso cansino de los animales podía levantar tal nube de polvo en la tierra manchega? Un ejército sí, en efecto, la podría levantar —el galope de sus caballos—, y mucho más si avanzaba por el desierto. Esa nube de polvo me ha llevado a pensar que Cervantes pudo leer u oír relatos de *Las mil y una noches*; no hay más que leer la larga historia de Achib, Garib y Sahim al-Layl, que ocupa las noches 625 a la 680, para encontrarse cada poco con la visión de una gran polvareda, de una nube de polvo que tapa el horizonte, y siempre la causa un ejército. Pensaba antes en los cinco años de cautivo en Argel del escritor y me decía que era lógico que allí hubiera oído contar esas historias; pero de pronto Cipión me ha abierto los ojos a otra posibilidad: ¡los relatos de los moriscos! Vale la pena reproducir el pasaje: «Como en otras ocasiones, había contado mi amo una aventura a un pequeño círculo de viajeros y tras concluir la departía con uno de ellos, manco y tirando a rubio, muy interesado en cómo podía contar tan largos pasajes y recordarlos en buen orden. Cuando le respondía que tomaba de ellos sólo la sustancia y los distintos nombres y luego los componía siguiendo el modelo en que todas estas historias están hechas, entraron los de la Inquisición, vestidos del color de la desgracia». Cipión dice que su amo morisco narra a su modo los libros de caballerías; por tanto, ¿no podía mezclar en ellos de vez en cuando relatos árabes o, al menos, detalles de lo que le contaron los suyos? Y si Román Ramírez no lo hizo, pudo haberlo hecho otro de los muchos moriscos con los que hablaría Cervantes...

Voy a acabar como empecé, asegurando la autenticidad del texto: Cipión es Cipión, y Berganza es Berganza. Nadie más que una criatura cervantina pudo decir de los inquisidores que iban «vestidos del color de la desgracia». No me extraña que José Luis Rodríguez del Corral afirme que Cervantes vive en su casa y que él se va de parranda con el novelista siempre que quiere, porque se le ha pegado ya esa «alegría de escribir» que «anima en todo momento la dulzura del estilo» del genial novelista. No cabe duda alguna de que en el fondo de esta segunda e incompleta parte del *Coloquio de los perros* se perfila nítidamente el auténtico retrato de Miguel de Cervantes... o el de uno de sus amigos de siempre.





LA NOCHE DE CIPIÓN

Segunda e incompleta parte del *Coloquio de los perros*

Chanza literaria compuesta para el esperado deleite de mi buen amigo Luis Gómez Canseco con ocasión de una regalía dada en su condición de canónigo de las Letras, escrita por José Luis Rodríguez del Corral

Al final de la *Novela del casamiento engañoso*, el alférez Campuzano anunció su intención de escribir la historia del perro Cipión, una vez que ya había dado cuenta de las andanzas de su hermano Berganza en otra de las *Novelas ejemplares*. Pero lo cierto es que no ha habido noticia fidedigna de que ni el mismo Campuzano ni Miguel de Cervantes lo llegarán a hacer. La suerte ha deparado a los lectores de hoy que José Luis Rodríguez del Corral engendrara *La noche de Cipión*, donde podrán leer, por boca de este podenco famoso, historias tan maravillosas como verosímiles que les han de alegrar el corazón y el alma.

